

Clytie¹

Eudora Welty

Era al atardecer, las pesadas nubes plateadas parecían más grandes y anchas que campos de algodón, y, al poco, empezó a llover. Mientras aún brillaba el sol, empezaron a caer grandes gotas redondas sobre los calientes cobertizos de chapa, que empaparon las falsas fachadas blancas de la hilera de almacenes del pueblecito de Farr's Gin. Una gallina y sus pollitos amarillos cruzaron corriendo la carretera, con gran inquietud; el polvo se convirtió en un sucio río y los pájaros bajaron volando hacia él inmediatamente, y se situaron a la orilla de los charcos para bañarse. Los perros de caza se levantaron de los porches de los almacenes, se sacudieron hasta el rabo y fueron a tumbarse dentro. Las pocas personas que estaban de pie como largas sombras junto a la calle entraron en la oficina de correos. Un muchacho golpeó con los talones descalzos a la mula, que empezó a cruzar lentamente el pueblo hacia el campo.

Cuando ya todos los demás se habían puesto a cubierto, la señorita Clytie Farr seguía aún inmóvil en la carretera, atisbando hacia delante, a su manera miope, y tan empapada como los pajaritos.

Solía salir de la vieja mansión a aquella hora de la tarde y recorría el pueblo a toda prisa. Al principio salía con un pretexto u otro y durante un tiempo se dedicó a dar en voz baja explicaciones que nadie podía oír. Después empezó a mandar que cargaran cantidades a cuenta, que, según la administradora de correos, jamás se pagarían, lo mismo que las del resto, aunque los Farr fueran demasiado finos para relacionarse con los demás. Pero ahora Clytie salía sin ningún objetivo. Salía todos los días y ya nadie hablaba con ella: parecía tener mucha prisa y no darse cuenta de quién le hablaba. Y todos decían que un sábado, con tantos caballos y vehículos, la atropellarían, pues siempre cruzaba la calle de aquella forma atolondrada y precipitada.

Tal vez fuera simplemente que la señorita Clytie estaba perdiendo el juicio, decían las señoras que tomaban el fresco en la puerta, igual que le había pasado a su hermana; y seguramente se quedaría allí sin más, esperando que la mandaran irse a casa. Tendría que escurrir bien toda la ropa que llevaba encima: la blusa y la falda y las largas medias negras. Llevaba uno de los sombreros de paja de la tienda de artículos de confección, con una vieja cinta negra de satén prendida para mejorar su aspecto, atado a la barbilla. Ahora, por la presión de la lluvia, mientras las señoras miraban, el sombrero había empezado a combarse hacia abajo lentamente, por ambos lados, y parecía todavía más absurdo y anticuado, como esas gorras viejas que ponen a los caballos. Y, con una paciencia casi de animal, la señorita Clytie seguía allí bajo la lluvia, los largos brazos inertes, un poco separados de los costados, como si estuviera esperando que llegase por la calle algo que la condujese bajo techado.

Al cabo de un rato sonó un trueno.

—¡Señorita Clytie! ¡Métase en algún sitio, que llueve, señorita Clytie! —gritó alguien.

La vieja señorita Clytie no miró siquiera a su alrededor, sino que cerró los puños, se los metió en las axilas, estiró los codos como alas de gallina y echó a correr, el pobre sombrero crujiendo y batiendo sobre sus orejas.

—Vaya, ahí va la señorita Clytie —dijeron las señoras, y una de ellas tuvo una premonición.

¹ Tomado de *Cuentos Completos*, edición digital de Editorial DEBOLS!LLO, 2016. Traducción de J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez tomada de *Una cortina de follaje y otros relatos*, Anagrama, 1982.

La señorita Clytie corrió hacia la casa bajo la lluvia torrencial por el sendero de los cuatro cedros negros mojados, que desprendían un olor acre como el humo.

—¿Dónde demonios estabas? —dijo la hermana mayor, Octavia, desde una ventana de arriba. Clytie alzó la vista a tiempo de ver caer la cortina.

Entró en el vestíbulo y esperó, temblando. Estaba muy oscuro y vacío. La única luz caía sobre la sábana blanca que tapaba el único mueble solitario, un órgano. Las cortinas rojas que había sobre la puerta del gabinete, sostenidas por manos de marfil, estaban inmóviles como troncos de árbol en la casa sin aire. Todas las ventanas estaban cerradas y todas las persianas bajadas; aun así, se oía el repiqueteo de la lluvia.

Clytie cogió una cerilla y avanzó hacia el poste de la escalera, donde un Hermes de bronce sostenía un artilugio de gas. E inmediatamente encima de este, iluminada, pero muy quieta, como una de las reliquias inamovibles de la casa, se erguía Octavia, esperando en las escaleras.

Estaba plantada sólidamente ante el cristal de color violeta y limón de la ventana, en el descansillo; con dedos arrugados e inquietos sujetaba el broche de diamantes que llevaba siempre al pecho de su largo vestido negro. Era un gran gesto inmarcesible de Octavia, aquel de acariciar el broche.

—No es suficiente ya que tengamos que esperar aquí... muertos de hambre —decía Octavia mientras Clytie aguardaba abajo—. Sino que tienes que escaparte, y no contestar cuando te llamo. ¡Marcharse a vagabundear por las calles! ¡Qué vulgaridad...! ¡Qué vulgaridad, Dios mío!

—No te preocupes, hermana —consiguió decir Clytie.

—Pero siempre vuelves.

—Claro...

—Gerald ya está despierto, y también papá —dijo Octavia con el mismo tono de reproche, un tono muy fuerte, pues casi siempre estaba llamando a alguien.

Clytie fue a encender la cocina. Como si estuviera helada de frío, en pleno junio, se quedó quieta ante la puerta abierta del horno y pronto una expresión de interés y placer animó su rostro, que en los últimos años, pese al sombrero de paja, mostraba el paso del tiempo. Se reanudaba ahora algún sueño. En la calle había estado pensando en el rostro de un niño que acababa de ver. El niño, que jugaba con otro de la misma edad persiguiéndole con una pistola de juguete, al pasar a su lado la había mirado con una actitud tan franca, tan serena, tan confiada... Con aquel rostro pacífico y pequeño aún en el pensamiento, rosado como las llamas, como una inspiración que alejase cualquier otro pensamiento, Clytie se había olvidado de sí misma y se había visto obligada a quedarse quieta, allí donde estaba, en medio de la calle. Pero había empezado a llover y alguien le había gritado y no había podido llegar al final de sus meditaciones.

Hacía mucho tiempo ya que Clytie había empezado a mirar las caras y a pensar en ellas.

Todos te dirían que no había más de ciento cincuenta personas, negros incluidos, en Farr's Gin. Sin embargo, a Clytie el número de rostros le parecía casi infinito. Ahora ya sabía contemplar lenta y detenidamente un rostro; estaba convencida de que era imposible verlo entero de inmediato, de una vez. Lo primero que descubría en un rostro era siempre que nunca lo había visto. Cuando empezó a mirar los semblantes reales de la gente, para ella dejó de existir la familiaridad. La visión más profunda y conmovedora del mundo entero tenía que ser una cara. ¿Era posible, acaso, comprender los ojos y las bocas de otras personas, que ocultaban algo que ella no sabía y preguntaban secretamente algo desconocido aún? Volvió a recordar la sonrisa misteriosa del viejo que vendía cacahuetes en la puerta de la iglesia. El rostro de aquel viejo pareció reposar un instante en la puerta de hierro del horno, aposentado en la

melena del león. Había quien decía que el chico del señor Tom Bate, como se hacía llamar, tenía una cara tan insulsa como una semilla de sandía, no obstante, para Clytie, que veía granos de arena en sus ojos y en sus tiasas pestañas rubias, el muchacho podría haber salido del desierto, como un egipcio.

Pero mientras pensaba en el chico del señor Tom Bate, la golpeó en la espalda un ramalazo terrible de viento; se volvió. El largo visillo verde de la ventana se hinchó y brincó. La ventana de la cocina estaba abierta de par en par, la había abierto ella, claro. La cerró despacio.

Octavia, que jamás bajaba al piso de abajo, Dios sabe por qué, nunca le habría perdonado una ventana abierta, de llegar a enterarse. Lluvia y sol significaban la ruina, según la mentalidad de Octavia. Clytie recorrió la casa cerciorándose de que estaba todo en orden. No era que la ruina en sí pudiera inquietar a Octavia. Ruina o intrusión, incluso con tesoros de incalculable valor, e incluso en la pobreza, no la asustaban en absoluto; era más bien una especie de fisgoneo desde fuera, y esto ella no lo perdonaba. Todo esto lo traslucía en su cara.

Clytie preparó las tres comidas en la cocina, pues cada uno tomaba cosas distintas, y preparó las tres bandejas. Tuvo que subirlas por las escaleras, en el orden correspondiente. Fruncía el entrecejo con gesto de concentración, pues le costaba mantener derechos todos los platos, bien encajados en los bordes, como habría hecho la vieja Lethy. Habían tenido que despedir a la cocinera hacía ya bastante tiempo, cuando su padre tuvo el primer ataque. Su padre le tenía mucho cariño a la vieja Lethy, había sido su aya y volvió del campo para verle cuando supo que se estaba muriendo.

Llegó y llamó a la puerta trasera, y, como siempre, ante cualquier intrusión por la puerta delantera o la trasera, Octavia atisbó desde la cocina y gritó:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¿A qué demonios viene usted aquí?

Y aunque tanto la veja Lethy como su padre habían suplicado que les permitieran verse, Octavia se había puesto a gritar, como hacía siempre, y había expulsado a la intrusa. Y Clytie, como siempre, había permanecido muda en la cocina; aunque al fin, obedeciendo a su hermana, dijo también:

—Vete, Lethy.

Pero su padre no había muerto. En vez de muerto estaba ciego, paralítico, y solo podía emitir sonidos ininteligibles y tomar líquidos. Lethy volvía aún de vez en cuando por la puerta trasera, pero nunca la dejaban entrar, y el viejo ya no oía, ni siquiera podía suplicar que le dejaran verla. Solamente se admitía una visita en su habitación, una vez por semana: el barbero, para afeitarse. En tal ocasión nadie decía una palabra.

Clytie subió primero a la habitación de su padre y dejó la bandeja en la mesita de mármol que había junto a la cama.

—Quiero darle de comer a papá —dijo Octavia quitándole el cuenco de las manos.

—Tú le diste la última vez —dijo Clytie.

Renunciando al cuenco, bajó la vista hacia el rostro afilado que descansaba sobre la almohada. Al día siguiente tocaba la visita del barbero, y la barba negra despuntaba como un campo de agujas por las mejillas desoladas. El anciano tenía los ojos semicerrados. Era imposible saber lo que sentía.

Parecía realmente remoto, olvidado, libre... Octavia empezó a darle de comer.

Sin apartar los ojos del rostro de su padre, Clytie empezó a hablar con rapidez y amargura, con las palabras más disparatadas que se le venían a la cabeza. Pero pronto empezó a llorar y sollozar, como una niña pequeña a quien los grandullones hubieran tirado al agua.

—Ya basta —ordenó Octavia.

Pero Clytie no podía apartar los ojos del rostro sin afeitar de su padre y de su boca abierta e inmóvil.

—Y yo le daré de comer mañana si quiero —añadió Octavia.

Se levantó. Le caía sobre la frente el pelo tupido, que había vuelto a crecer después de una enfermedad y estaba teñido de un color casi púrpura. Los largos pliegues de acordeón que, empezando en el cuello, le caían a todo lo largo del vestido se abrían y se cerraban sobre sus pechos cuando respiraba.

—¿Te has olvidado de Gerald? —dijo—. Y yo también tengo hambre.

Clytie volvió a la cocina y llevó la cena a su hermana. Después, se la llevó a su hermano.

La habitación de Gerald estaba a oscuras, y Clytie tuvo que atravesar la barricada habitual. El olor a whisky lo impregnaba todo; incluso se inflamó el aire con el chispazo de la cerilla cuando encendió la lámpara.

—Es de noche —dijo luego Clytie.

Gerald estaba tumbado en la cama y la miraba. A la pobre luz de la estancia le pareció su padre.

—Queda más café abajo en la cocina —dijo.

—¿Me lo traerás? —preguntó Gerald. La miraba con expresión seria y cansada. Se plantó ante él y le hizo incorporarse. Tomó el café mientras ella se inclinaba hacia él con los ojos cerrados, descansando.

Entonces Gerald la apartó a un lado y se derrumbó en la cama y empezó a contar qué bonito era cuando él tenía su propia casita al final de la calle, toda nueva, con todos los servicios, cocina de gas, luces eléctricas, cuando estaba casado con Rosemary. Rosemary... ella había dejado un trabajo en el pueblo vecino solo para casarse con él. ¿Cómo podía haberle abandonado luego tan pronto? De nada había servido haberla amenazado una y otra vez con matarla. De nada había servido haberle puesto un revólver en el pecho. Ella no lo había entendido. Él no había hecho más que saborear su dicha. Él solo había querido jugar con ella. En cierto modo, quería demostrarle que la amaba por encima de la vida y la muerte.

—Por encima de la vida y la muerte —repitió cerrando los ojos.

Clytie no le contestó, como hacía siempre Octavia durante estas escenas, en las que Gerald invariablemente terminaba llorando.

Fuera, junto a la ventana cerrada, empezó a cantar un sinsonte. Clytie separó la cortina y apoyó la oreja en el cristal. Había dejado de llover. El canto del pájaro sonaba en gotas líquidas que bajaban por árboles negrísimos y por la noche.

—Vete al infierno —dijo Gerald. Tenía la cabeza debajo de la almohada.

Clytie cogió la bandeja y dejó a Gerald con la cara tapada. A ellos no necesitaba mirarles la cara.

Eran sus caras las que se interponían.

Bajó precipitadamente a la cocina y empezó a cenar.

Los rostros de ellos se interponían entre el suyo y el de otra persona. Eran sus caras las que habían irrumpido hacía mucho, entrometiéndose y ocultando otra cara que la miraba a ella. Y ahora era difícil recordar su aspecto, o cuándo la había visto por primera vez. Debió de ser cuando ella era joven. Sí, en una especie de glorieta, y ella se había reído, se había inclinado hacia delante... y la visión de aquel rostro, tan pequeño como los demás rostros —el del niño confiado, el del viejo viajero inocente, incluso el del barbero codicioso y el de Lethy y los de los vendedores ambulantes que llamaban uno tras otro y se quedaban en la puerta sin que nadie contestara— y, sin embargo, distinto, sin embargo, mucho más... Aquel rostro había estado muy próximo al suyo, era casi familiar, casi inaccesible, y luego el rostro de Octavia se había interpuesto

bruscamente y en otras ocasiones el rostro apopléjico de su padre, el rostro de su hermano Gerald y el rostro de su hermano Henry, con el agujero de la bala atravesándole la frente... Era solo porque se parecían a una visión por lo que examinaba los rostros secretos, misteriosos, nunca repetidos que encontraba en las calles del pueblo.

Pero siempre había una interrupción. Si alguien le hablaba, ella huía. Si veía que iba a encontrarse con alguien en la calle, ya se sabía que se escondería enseguida detrás de algún matorral y se pondría una ramita delante de la cara hasta que la persona desapareciera. Cuando alguien la llamaba por su nombre, primero se ponía roja, luego blanca, y era como si se sintiese defraudada, según comentó una señora en el almacén.

Además, cada día estaba más asustada. La gente se daba cuenta porque ya nunca se arreglaba. Durante años, de vez en cuando, salía con lo que ella llamaba el «modelo», todo verde cazador, un sombrero que le caía rodeándole la cara como un cubo, un vestido de seda verde, incluso zapatos verdes de puntera afilada. Si hacía buen tiempo, llevaba el modelo todo el día; y a la mañana siguiente volvía al vestido de manga corta y al sombrero viejo atado a la barbilla, como si el modelo hubiera sido un sueño. Hacía ya mucho tiempo que Clytie no se ponía aquel vestido para salir a la calle.

A veces, cuando una vecina, intentado ser amable o solo por curiosidad, le preguntaba su opinión sobre algo (por ejemplo, un tipo de punto de ganchillo) ella no escapaba, sino que, esbozando una sonrisita angustiada, decía con voz infantil: «Es bonito». Sin embargo, añadían siempre las señoras, ya nada que procediese de la casa de los Farr era bonito.

—Es bonito —dijo Clytie cuando la señora de la casa de al lado le enseñó el nuevo rosal que había plantado, todo florido.

Pero menos de una hora después salió corriendo de la casa, gritando:

—¡Mi hermana Octavia dice que tiene usted que quitar de ahí ese rosal! ¡Mi hermana Octavia dice que quite de ahí el rosal y lo aparte de mi valla! Si no lo hace, la mataré. ¡Quítelo! Y al otro lado de los Farr vivía una familia con un niño que siempre estaba jugando en su patio. El gato de Octavia se colaba por debajo de la cerca y él lo cogía en brazos. Le cantaba una canción que sabía.

Clytie salía corriendo de la casa, echando chispas, con el mensaje de Octavia.

—¡No hagas eso! ¡No lo hagas! —gritaba angustiada—. ¡Si vuelves a hacerlo, tendré que matarte! Y volvía corriendo al huerto y empezaba a maldecir. Lo de maldecir era nuevo y maldecía suavemente, como un cantante que entona por primera vez una canción. Pero era algo que no podía evitar.

Palabras que al principio la horrorizaban le brotaban ahora en torrente de la garganta, que pronto, sin embargo, sentía extrañamente descansada y relajada. Maldecía sola en la paz del huerto. Todos decían, con tono un tanto reprobatorio, que no hacía más que imitar a su hermana mayor, que años atrás solía salir a aquel mismo huerto y maldecir del mismo modo, aunque con una voz sonora y autoritaria que se oía hasta en la oficina de correos. A veces, a medio discurso, Clytie levantaba la vista hacia Octavia, que estaba en su ventana, y la miraba. Cuando Octavia dejaba caer al fin la cortina, Clytie se quedaba muda.

Por último, con una suavidad que era una mezcla de miedo, cansancio y amor, un amor abrumador, cruzaba la verja y se dirigía al pueblo, apretando cada vez más el paso hasta que sus largas piernas adquirían una velocidad insólita y ridícula. Nadie en todo el pueblo podría haber mantenido el paso de la señorita Clytie, decían, en igualdad de condiciones.

Comía también muy deprisa, sola en la cocina, tal como lo estaba haciendo ahora. Mordía de forma salvaje la carne del pesado tenedor de plata y mordisqueaba el huesecillo de pollo hasta dejarlo mondo y lirondo.

Cuando iba por la mitad de la escalera, recordó la segunda taza de café de Gerald y volvió a buscarla. Después de bajar las otras bandejas y lavar los platos, repasó puertas y ventanas para cerciorarse de que quedaba todo bien cerrado.

A la mañana siguiente, Clytie, mordiéndose los labios, sonriente, preparaba el desayuno. Lejos, por la ventana abierta, se veía un tren carguero que cruzaba furtivo el puente iluminado por el sol.

Pasaron unos negros por la calle, iban a pescar, y el chico del señor Tom Bate, que pasaba también por allí, se volvió hacia la ventana y la miró.

Gerald se presentó vestido y con las gafas puestas; dijo que pensaba ir a la tienda aquel día. La tienda del viejo Farr hacía ya muy poco negocio, y la gente apenas si echaba de menos a Gerald cuando no iba. En realidad, casi no podían saber si había ido o no, debido a aquellas botas grandes que, colgadas de un alambre, tapaban prácticamente un despacho que parecía una jaula. Una niñita en edad escolar podía atender a cualquier cliente.

Gerald entró en el comedor.

—¿Cómo estás hoy, Clytie? —preguntó.

—Bien, Gerald, ¿qué tal estás tú?

—Me voy a la tienda —dijo.

Se sentó rígido y ella despejó una parte de la mesa, delante de él. Octavia gritó desde arriba:

—¿Dónde demonios está mi dedal? Me has robado el dedal, Clytie Farr. ¡Me has quitado mi dedalito de plata!

—Ya empezamos —dijo Gerald exasperado. Clytie vio que sus labios delgados, finos, casi negros, se tensaban crispados—. ¿Cómo puede vivir un hombre en esta casa solo con mujeres? ¿Cómo es posible?

Se levantó de un salto y dobló la servilleta exactamente por la mitad. Salió del comedor sin haber probado el desayuno. Clytie le oyó subir las escaleras camino de su cuarto.

— ¡Mi dedal! —gritaba Octavia.

Clytie esperó un momento. Acucillándose con avidez, como una ardillita, tomó parte del desayuno en la cocina, antes de subir las escaleras.

A las nueve llamó a la puerta principal el señor Bobo, el barbero.

Sin esperar, pues nunca contestaban a la llamada, se permitió entrar y avanzó como un pequeño general por el vestíbulo. Vio el viejo órgano que nunca destapaban ni tocaban, salvo en los funerales, y entonces no se invitaba a nadie. Siguió adelante, pasó de puntillas bajo el brazo de aquella estatua masculina y subió la oscura escalera. Allí estaban, alineados arriba, al final de la escalera, y todos le miraban con repugnancia. El señor Bobo creía firmemente que estaban todos locos; incluso Gerald, que a las nueve de la mañana ya había empezado a beber.

El señor Bobo era bajito y hasta que había empezado a ir a aquella casa una vez por semana se había enorgullecido siempre de ello. Pero no disfrutaba mirando hacia arriba desde abajo los cuellos suaves y largos, los rostros en relieve, repelentes y fríos de los Farr. A saber lo que le haría una de aquellas hermanas si hiciera un movimiento. (¡Como si fuera a hacerlo!) Cuando llegó al piso de arriba, desaparecieron y le dejaron solo. Alzó la barbilla y se plantó con las piernas rechonchas muy separadas, mirando a su alrededor. El pasillo del piso de arriba estaba completamente vacío. No había siquiera una silla donde sentarse.

—O venden los muebles por la noche —decía el señor Bobo a la gente de Farr's Gin—, o son tan tacaños que no quieren usarlos.

El señor Bobo se quedó allí quieto y esperó a que le llamaran; le pesaba haber empezado a ir a aquella casa a afeitar al viejo señor Farr. Pero le había sorprendido tanto recibir una carta por correo... Una carta escrita en un papel tan viejo y amarillento que, en un principio, creyó que la habían escrito hacía mil años y no la habían entregado. La firma decía: «Octavia Farr», y no tenía siquiera el encabezamiento de «Querido señor Bobo». Decía escuetamente: «Venga a mi residencia a las nueve en punto todos los viernes por la mañana, hasta nueva orden, para afeitar al señor James Farr».

Primero pensó que iría solo un día. Y después cada vez que iba pensaba que no volvería nunca, sobre todo porque no sabía cuándo iban a pagarle. Por supuesto, tenía su encanto lo de ser la única persona de Farr's Gin a quien permitían entrar en la casa (salvo el enterrador, que había entrado cuando el joven Henry se pegó un tiro, pero nunca había hablado de ello). Además, no era fácil afeitar a un hombre tan enfermo como el señor Farr... Era más difícil que afeitar un cadáver o a un tipo borrachísimo. Imagínate que estás así, decía el señor Bobo, no puedes mover la cara, no puedes levantar la barbilla ni estirar la mandíbula, ni siquiera mover los ojos cuando se acerca la navaja. El problema del señor Farr era que su rostro no ofrecía resistencia alguna a la cuchilla.

Su cara no se sostenía.

—No volveré nunca —concluía siempre el señor Bobo cuando se lo contaba a sus clientes—. Aunque me pagasen. Ya he visto bastante.

Pero allí estaba de nuevo, esperando ante la puerta de la habitación del enfermo. Esta es la última vez, pensó. ¡Lo juro por Dios!

Y se preguntó por qué no se moriría el viejo.

Justo en aquel momento salió de la habitación la señorita Clytie. Apareció con aquellos andares tan extraños, de lado, y cuanto más se le acercaba, más despacio se movía'.

—¿Sí? —preguntó nervioso el señor Bobo.

Clytie contempló aquel rostro pequeño y vacilante. ¡Qué miedo asomaba a sus ojillos verdes! Era un rostro patético, pequeño, codicioso; qué expresión tan afligida, como la de un gatito extraviado.

¿Qué sería lo que tan desesperadamente necesitaba aquella criaturita glotona?

Clytie se le acercó y se detuvo frente a él. En vez de decirle que podía pasar y afeitar a su padre, tendió la mano y, con una suavidad sobrecogedora, le acarició la mejilla.

Y durante un instante siguió plantada allí mirándole inquisitivamente, y él permaneció quieto como una estatua, como la estatua de Hermes.

A continuación, ambos lanzaron un grito desesperado. El señor Bobo se volvió y huyó, haciendo molinetes con la navaja. Bajó las escaleras y salió por la puerta principal; Clytie, pálida como un fantasma, se derrumbó sobre la barandilla. El horroroso olor a ron de laurel, a tónico capilar, el raspar horrible y húmedo de una barba invisible, los ojos densos, verdes y saltones... ¡lo que había cogido con su mano! Apenas si podía soportar el pensamiento de aquel rostro.

De la puerta cerrada de la habitación del enfermo llegó el grito de Octavia.

—¡Clytie! ¡Clytie! ¡No le has traído a papá el agua de lluvia! ¿Dónde diablos está el agua de lluvia para afeitar a papá? Clytie bajó dócilmente las escaleras.

Su hermano Gerald abrió de golpe la puerta de la habitación y la llamó.

—¿Qué pasa ahora? ¡Esto es un manicomio! Alguien ha pasado corriendo por delante de mi cuarto. Lo he oído. ¿Dónde escondes a tus hombres? ¿Por qué tienes que traerlos a casa?

Volvió a cerrar de un portazo y Clytie oyó que instalaba de nuevo la barricada.

Cruzó el vestíbulo y salió por la puerta de atrás. Se quedó quieta allí, junto al viejo barril de agua de lluvia y de pronto sintió que ahora aquel objeto era su amigo, tan oportunamente, y sus brazos lo rodearon casi con impaciente gratitud. El barril estaba lleno de agua de lluvia. Emanaba de él una oscura fragancia, una fragancia espesa, penetrante, como de hielo y flores y el rocío de la noche.

Clytie se inclinó un poco y atisbó en el agua, que se mecía lentamente. Le pareció ver una cara.

Sí, claro. Era el rostro que había estado buscando, del que había estado separada. El dedo índice de una mano se levantó como para tocar la oscura mejilla, como para hacerle una señal.

Clytie se inclinó más, tal como había hecho para tocar la mejilla del barbero.

Era un rostro ondulante, inescrutable. Tenía las cejas fruncidas, como en un rictus de dolor. Los ojos eran grandes, profundos, ávidos casi, la nariz fea y descolorida, como si hubiese llorado mucho, la boca vieja y cerrada a toda comunicación. El otro lado de la cara lo cubría un pelo negro, alborotado y revuelto. Todo en aquel rostro la asustaba, y la conmovían los indicios de espera prolongada, de sufrimiento.

Por segunda vez aquella mañana, Clytie retrocedió y, al hacerlo, el otro rostro retrocedió también.

Lo reconoció, reconoció aquel semblante, pero demasiado tarde. Siguió allí quieta, con el corazón afligido, como si la pobre visión medio recordada al fin la hubiera traicionado.

—¡Clytie! ¡Clytie! ¡El agua! ¡El agua! —le llegó monumental la voz de Octavia.

Clytie hizo lo único que se le ocurrió. Dobló el cuerpo anguloso aún más y se inclinó y lanzó la cabeza al barril, la sumergió en el agua. Se hundió bajo la superficie chispeante en la profundidad amable y sin rasgos; y allí se quedó.

Cuando la vieja Lethy la encontró se había caído del todo en el barril; las flacas piernas delicadas, con las medias negras, estiradas y abiertas, parecían unas tenacillas.

Clytie²

Eudora Welty

It was a late afternoon with heavy silver clouds which looked bigger and wider than cotton fields, and presently it began to rain. Big round drops fell, still in the sunlight, on the hot tin sheds, and stained the white false fronts of the row of stores in the little town of Farr's Gin. A hen and her string of yellow chickens ran in great alarm across the road, the dust turned riverbrown, and the birds flew down into it immediately, sitting out little pockets in which to take baths. The bird dogs got up from the doorways of the stores, shook themselves down to the tail, and went to lie inside. The few people standing with long shadows on the level road moved over into the post office. A little boy kicked his bare heels into the sides of his mule, which proceeded slowly through the town toward the country.

After everyone else had gone under cover. Miss Clytie Farr stood still in the road, peering ahead in her near-sighted way, and as wet as the little birds.

She usually came out of the old big house about this time in the afternoon, and hurried through the town. It used to be that she ran about on some pretext or other, and for a while she made softvoiced explanations that nobody could hear, and after that she began to charge up bills, which the postmistress declared would never be paid any more than anyone else's, even if the Farris were too good to associate with other people. But now Clytie came for nothing. She came every day, and no one spoke to her any more: she would be in such a hurry, and couldn't see who it was. And every Saturday they expected her to be run over, the way she darted out into the road with all the horses and trucks.

It might be simply that Miss Clytie's wits were all leaving her, said the ladies standing in the door to feel the cool, the way her sister's had left her; and she would just wait there to be told to go home. She would have to wring out everything she had on—the waist and the jumper skirt, and the long black stockings. On her head was one of the straw hats from the furnishing store, with an old black satin ribbon pinned to it to make it a better hat, and tied under the chin. Now, under the force of the rain, while the ladies watched, the hat slowly began to sag down on each side until it looked even more absurd and done for, like an old bonnet on a horse. And indeed it was with the patience almost of a beast that Miss Clytie stood there in the rain and stuck her long empty arms out a little from her sides, as if she were waiting for something to come along the road and drive her to shelter.

In a little while there was a clap of thunder. "Miss Clytie! Go in out of the rain. Miss Clytie!" someone called.

The old maid did not look around, but clenched her hands and drew them up under her armpits, and sticking out her elbows like hen wings, she ran out of the street, her poor hat creaking and beating about her ears.

"Well, there goes Miss Clytie," the ladies said, and one of them had a premonition about her.

Through the rushing water in the sunken path under the four wet black cedars, which smelled bitter as smoke, she ran to the house. "Where the devil have you been?" called the older sister, Octavia, from an upper window. Clytie looked up in time to see the curtain fall back.

² Tomado de *Selected Stories Of Eudora Welty*, Random House/The Modern Library, New York, 1936.

She went inside, into the hall, and waited, shivering. It was very dark and bare. The only light was falling on the white sheet which covered the solitary piece of furniture, an organ. The red curtains over the parlor door, held back by ivory hands, were still as tree trunks in the airless house. Every window was closed, and every shade was down, though behind them the rain could still be heard.

Clytie took a match and advanced to the stair post, where the bronze cast of Hermes was holding up a gas fixture; and at once above this, lighted up, but quite still, like one of the immovable relics of the house, Octavia stood waiting on the stairs.

She stood solidly before the violet-and-lemoncolored glass of the window on the landing, and her wrinkled, unresting fingers took hold of the diamond cornucopia she always wore in the bosom of her long black dress. It was an unwithered grand gesture of hers, fondling the cornucopia. "It is not enough that we are waiting here— hungry," Octavia was saying, while Clytie waited below. "But you must sneak away and not answer when I call you. Go off and wander about the streets. Common—common—!"

"Never mind. Sister," Clytie managed to say.

"But you always return."

"Of course. . ."

"Gerald is awake now, and so is Papa," said Octavia, in the same vindictive voice—a loud voice, for she was usually calling.

Clytie went to the kitchen and lighted the kindling in the wood stove. As if she were freezing cold in June, she stood before its open door, and soon a look of interest and pleasure lighted her face, which had in the last years grown weather-beaten in spite of the straw hat. Now some dream was resumed. In the street she had been thinking about the face of a child she had just seen. The child, playing with another of the same age, chasing it with a toy pistol, had looked at her with such an open, serene, trusting expression as she passed by! With this small, peaceful face still in her mind, rosy like these flames, like an inspiration which drives all other thoughts away, Clytie had forgotten herself and had been obliged to stand where she was in the middle of the road. But the rain had come down, and someone had shouted at her, and she had not been able to reach the end of her meditations.

It had been a long time now, since, Clytie had first begun to watch faces, and to think about them.

Anyone could have told you that there were not more than 150 people in Farr's Gin, counting Negroes. Yet the number of faces seemed to Clytie almost infinite. She knew now to look slowly and carefully at a face; she was convinced that it was impossible to see it all at once— The first thing she discovered about a face was always that she had never seen it before. When she began to look at people's actual countenances there was no more familiarity in the world for her. The most profound, the most moving sight in the whole world must be a face. Was it possible to comprehend the eyes and the mouths of other people, which concealed she knew not what, and secretly asked for still another unknown thing? The mysterious smile of the old man who sold peanuts by the church gate returned to her; his face seemed for a moment to rest upon the iron door of the stove, set into the lion's mane. Other people said Mr. Tom Bate's Boy, as he called himself, stared away with a face as clean-blank as a watermelon seed, but to Clytie, who observed grains of sand in his eyes and in his old yellow lashes, he might have come out of a desert, like an Egyptian.

But while she was thinking of Mr. Tom Bate's Boy, there was a terrible gust of wind which struck her back, and she turned around. The long green window shade billowed and plunged. The kitchen window was wide open—she had done it herself. She closed it gently. Octavia, who never came all the way downstairs for any reason,

would never have forgiven her for an open window, if she knew. Rain and sun signified ruin, in Octavia's mind. Going over the tvhole house, Clytie made sure that everything was safe. It was not that ruin in itself could distress Octavia. Ruin or encroach ment, even upon priceless treasures and even in poverty, held no terror for her; it was simply some form of prying from without, and this she would not forgive. All of that was to be seen in her face.

Clytie cooked the three meals on the stove, for they all ate different things, and set the three trays. She had to carry them in proper order up the stairs. She frowned in concentration, for it was hard to keep all the dishes straight, to make them come out right in the end, as Old Lethy could have done. They had had to give up the cook long ago when their father suffered the first stroke. Their father had been fond of Old Lethy, she had been his nurse in childhood, and she had come back out of the country to see him when she heard he was dying. Old Lethy had come and knocked at the back door. And as usual, at the first disturbance, front or back, Octavia had peered down from behind the curtain and cried, "Go away! Go away! What the devil have you come here for?" And although Old Lethy and their father had both pleaded that they might be allowed to see each other, Octavia had shouted as she always did, and sent the intruder away. Clytie had stood as usual, speechless in the kitchen, until finally she had repeated after her sister, "Lethy, go away." But their father had not died. He was, instead, paralyzed, blind, and able only to call out in unintelligible sounds and to swallow liquids. Lethy still would come to the back door now and then, but they never let her in, and the old man no longer heard or knew enough to beg to see her. There was only one caller admitted to his room. Once a week the barber came by appointment to shave him. On this occasion not a word was spoken by anyone.

Clytie went up to her father's room first and set the tray down on a little marble table they kept by his bed.

"I want to feed Papa," said Octavia, taking the bowl from her hands.

"You fed him last time," said Clytie.

Relinquishing the bowl, she looked down at the pointed face on the pillow. Tomorrow was the barber's day, and the sharp black points, at their longest, stuck out like needles all over the wasted cheeks. The old man's eyes were half closed. It was impossible to know what he felt. He looked as though he were really far away, neglected, free. . . . Octavia began to feed him.

Without taking her eyes from her father's face, Clytie suddenly began to speak in rapid, bitter words to her sister, the wildest words that came to her head. But soon she began to cry and gasp, like a small child who has been pushed by the big boys into the water.

"That is enough," said Octavia.

But Clytie could not take her eyes from her father's unshaven face and his still-open mouth.

"And I'll feed him tomoirow if I want to," said Octavia. She stood up. The thick hair, growing back after an illness and dyed almost purple, fell over her forehead. Beginning at her throat, the long accordion pleats which fell the length of her gown opened and closed over her breasts as she breathed. "Have you forgotten Gerald?" she said. "And I am hungry too."

Clytie went back to the kitchen and brought her sister's supper.

Then she brought her brother's.

Gerald's room was dark, and she had to push through the usual barricade. The smell of whisky was everywhere; it even flew up in the striking of the match when she lighted the jet.

"It's night," said Clytie presently.

Gerald lay on his bed looking at her. In the bad light he resembled his father.

"There's some more coffee down in the kitchen," said Clytie.

"Would you bring it to me?" Gerald asked. He stared at her in an exhausted, serious way.

She stooped and held him up. He drank the coffee while she bent over him with her eyes closed, resting.

Presently he pushed her away and fell back on the bed, and began to describe how nice it was when he had a little house of his own down the street, all new, with all conveniences, gas stove, electric lights, when he was married to Rosemary. Rosemary—she had given up a job in the next town, just to marry him. How had it happened that she had left him so soon? It meant nothing that he had threatened time and again to shoot her, it was nothing at all that he had pointed the gun against her breast. She had not understood. It was only that he had relished his contentment. He had only wanted to play with her. In a way he had wanted to show her that he loved her above life and death.

"Above life and death," he repeated, closing his eyes.

Clytie did not make an answer, as Octavia always did during these scenes, which were bound to end in Gerald's tears.

Outside the closed window a mockingbird began to sing. Clytie held back the curtain and pressed her ear against the glass. The rain had stopped. The bird's song sounded in liquid drops down through the pitch-black trees and the night.

"Go to hell," Gerald said. His head was under the pillow.

She took up the tray, and left Gerald with his face hidden. It was not necessary for her to look at any of their faces. It was their faces which came between.

Hurrying, she went down to the kitchen and began to eat her own supper.

Their faces came between her face and another. It was their faces which had come pushing in between, long ago, to hide some face that had looked back at her. And now it was hard to remember the way it looked, or the time when she had seen it first. It must have been when she was young. Yes, in a sort of arbor, hadn't she laughed, leaned forward . . . and that vision of a face—which was a little like all the other faces, the trusting child's, the innocent old traveler's, even the greedy barber's and Lethy's and the wandering peddlers' who one by one knocked and went unanswered at the door—and yet different, yet far more—this face had been very close to hers, almost familiar, almost accessible. And then the face of Octavia was thrust between, and at other times the apoplectic face of her father, the face of her brother Gerald and the face of her brother Henry with the bullet hole through the forehead. It was purely for a resemblance to a vision that she examined the secret, mysterious, unrepeatable faces she met in the street of Farr's Gin.

But there was always an interruption. If anyone spoke to her, she fled. If she saw she was going to meet someone on the street, she had been known to dart behind a bush and hold a small branch in front of her face until the person had gone by. When anyone called her by name, she turned first red, then white, and looked somehow, as one of the ladies in the store remarked, disappointed.

She was becoming more frightened all the time, too. People could tell because she never dressed up any more. For years, every once in a while, she would come out in what was called an "outfit," all in hunter's green, a hat that came down around her face

like a bucket, a green silk dress, even green shoes with pointed toes. She would wear the outfit all one day, if it was a pretty day, and then next morning she would be back in the faded jumper with her old hat tied under the chin, as if the outfit had been a dream. It had been a long time now since Clytie had dressed up so that you could see her coming.

Once in a while when a neighbor, trying to be kind or only being curious, would ask her opinion about anything—such as a pattern of crochet— she would not run away; but, giving a thin trapped smile, she would say in a childish voice, "It's nice." But, the ladies always added, nothing that came anywhere close to the Farrs' house was nice for long.

"It's nice," said Clytie when the old lady next door showed her the new rosebush she had planted, all in bloom.

But before an hour was gone, she came running out of her house screaming, "My sister Octavia says you take that rosebush up! My sister Octavia says you take that rosebush up and move it away from our fence! If you don't I'll kill you! You take it away."

And on the other side of the Farrs lived a family with a little boy who was always playing in his yard. Octavia's cat would go under the fence, and he would take it and hold it in his arms. He had a song he sang to the Farrs' cat.

Clytie would come running straight out of the house, flaming with her message from Octavia. "Don't you do that! Don't you do that!" she would cry in anguish. "If you do that again. I'll have to kill you!"

And she would run back to the vegetable patch and begin to curse.

The cursing was new, and she cursed softly, like a singer going over a song for the first time. But it was something she could not stop. Words which at first horrified Clytie poured in a full, light stream from her throat, which soon, nevertheless, felt strangely relaxed and rested. She cursed all alone in the peace of the vegetable garden. Everybody said, in something like deprecation, that she was only imitating her older sister, who used to go out to that same garden and curse in that same way, years ago, but in a remarkably loud, commanding voice that could be heard in the post office.

Sometimes in the middle of her words Clytie glanced up to where Octavia, at her window, looked down at her. When she let the curtain drop at last, Clytie would be left there speechless.

Finally, in a gentleness compounded of fright and exhaustion and love, an overwhelming love, she would wander through the gate and out through the town, gradually beginning to move faster, until her long legs gathered a ridiculous, rushing speed. No one in town could have kept up with Miss Clytie, they said, giving them an even start.

She always ate rapidly, too, all alone in the kitchen, as she was eating now. She bit the meat savagely from the heavy silver fork and gnawed the little chicken bone until it was naked and clean.

Halfway upstairs, she remembered Gerald's second pot of coffee, and went back for it. After she had carried the other trays down again and washed the dishes, she did not forget to try all the doors and windows to make sure that everything was locked up absolutely tight.

The next morning, Clytie bit into smiling lips as she cooked breakfast. Far out past the secretly opened window a freight train was crossing the bridge in the sunlight. Some Negroes filed down the road going fishing, and Mr. Tom Bate's Boy, who was going along, turned and looked at her through the window.

Gerald had appeared dressed and wearing his spectacles, and announced that he was going to the store today. The old Farr furnishing store did little business now, and people hardly missed Gerald when he did not come; in fact, they could hardly tell when he did because of the big boots strung on a wire, which almost hid the cagelike office. A little high-school girl could wait on anybody who came in.

Now Gerald entered the dining room.

"How are you this morning, Clyde?" he asked.

"Just fine, Gerald, how are you?"

"I'm going to the store," he said.

He sat down stiffly, and she laid a place on the table before him.

From above, Octavia screamed, "Where in the devil is my thimble, you stole my thimble, Clytie Farr, you carried it away, my little silver thimble!"

"It's started," said Gerald intensely. Clytie saw his fine, thin, almost black lips spread in a crooked line. "How can a man live in the house with women? How can he?"

He jumped up, and tore his napkin exactly in two. He walked out of the dining room without eating the first bite of his breakfast. She heard him going back upstairs into his room.

"My thimble!" screamed Octavia.

She waited one moment. Crouching eagerly, rather like a little squirrel, Clytie ate part of her breakfast over the stove before going up the stairs.

At nine Mr. Bobo, the barber, knocked at the front door.

Without waiting, for they never answered the knock, he let himself in and advanced like a small general down the hall. There was the old organ that was never uncovered or played except for funerals, and then nobody was invited. He went ahead, under the arm of the tiptoed male statue and up the dark stairway. There they were, lined up at the head of the stairs, and they all looked at him with repulsion. Mr. Bobo was convinced that they were every one mad. Gerald, even, had already been drinking, at nine o'clock in the morning.

Mr. Bobo was short and had never been anything but proud of it, until he had started coming to this house once a week. But he did not enjoy looking up from below at the soft, long throats, the cold, repelled, high-relieved faces of those Farris. He could only imagine what one of those sisters would do to him if he made one move. (As if he would!) As soon as he arrived upstairs, they all went off and left him. He pushed out his chin and stood with his round legs wide apart, just looking around. The upstairs hall was absolutely bare. There was not even a chair to sit down in.

"Either they sell away their furniture in the dead of night," said Mr. Bobo to the people of Farr's Gin, "or else they're just too plumb mean to use it."

Mr. Bobo stood and waited to be summoned, and wished he had never started coming to this house to shave old Mr. Farr. But he had been so surprised to get a letter in the mail. The letter was on such old, yellowed paper that at first he thought it must have been written a thousand years ago and never delivered. It was signed "Octavia Farr," and began without even calling him "Dear Mr. Bobo." What it said was: "Come to this residence at nine o'clock each Friday morning until further notice, where you will shave Mr. James Farr."

He thought he would go one time. And each time after that, he thought he would never go back—especially when he never knew when they would pay him anything. Of course, it was something to be the only person in Farr's Gin allowed inside the house (except for the undertaker, who had gone there when young Henry shot himself, but had never to that day spoken of it). It was not easy to shave a man as bad off as Mr. Farr,

either—not anything like as easy as to shave a corpse or even a fighting-drunk field hand. Suppose you were like this, Mr. Bobo would say: you couldn't move your face; you couldn't hold up your chin, or tighten your jaw, or even bat your eyes when the razor came close. The trouble with Mr. Farr was his face made no resistance to the razor. His face didn't hold.

"I'll never go back," Mr. Bobo always ended to his customers. "Not even if they paid me. I've seen enough."

Yet here he was again, waiting before the sickroom door.

"This is the last time," he said. "By God!"

And he wondered why the old man did not die.

Just then Miss Clytie came out of the room. There she came in her funny, sideways walk, and the closer she got to him the more slowly she moved.

"Now?" asked Mr. Bobo nervously.

Clytie looked at his small, doubtful face. What fear raced through his little green eyes! His pitiful, greedy, small face—how very mournful it was, like a stray kitten's. What was it that this greedy little thing was so desperately needing?

Clytie came up to the barber and stopped. Instead of telling him that he might go in and shave her father, she put out her hand and with breathtaking gentleness touched the side of his face.

For an instant afterward, she stood looking at him inquiringly, and he stood like a statue, like the statue of Hermes.

Then both of them uttered a despairing cry. Mr. Bobo turned and fled, waving his razor around in a circle, down the stairs and out the front door; and Clytie, pale as a ghost, stumbled against the railing. The terrible scent of bay rum, of hair tonic, the horrible moist scratch of an invisible beard, the dense, popping green eyes—what had she got hold of with her hand! She could hardly bear it—the thought of that face.

From the closed door to the sickroom came Octavia's shouting voice.

"Clytie! Clytie! You haven't brought Papa the rain water! Where in the devil is the rain water to shave Papa?"

Clytie moved obediently down the stairs.

Her brother Gerald threw open the door of his room and called after her, "What now? This is a madhouse! Somebody was running past my room, I heard it. Where do you keep your men? Do you have to bring them home?" He slammed the door again, and she heard the barricade going up.

Clytie went through the lower hall and out the back door. She stood beside the old rain barrel and suddenly felt that this object, now, was her friend, just in time, and her arms almost circled it with impatient gratitude. The rain barrel was full. It bore a dark, heavy, penetrating fragrance, like ice and flowers and the dew of night.

Clytie swayed a little and looked into the slightly moving water. She thought she saw a face there.

Of course. It was the face she had been looking for, and from which she had been separated. As if to give a sign, the index finger of a hand lifted to touch the dark cheek.

Clytie leaned closer, as she had leaned down to touch the face of the barber.

It was a wavering, inscrutable face. The brows were drawn together as if in pain. The eyes were large, intent, almost avid, the nose ugly and discolored as if from weeping, the mouth old and closed from any speech. On either side of the head dark hair hung down in a disreputable and wild fashion. Everything about the face frightened and shocked her with its signs of waiting, of suffering.

For the second time that morning, Clytie recoiled, and as she did so, the other recoiled in the same way.

Literatura Norteamericana

Too late, she recognized the face. She stood there completely sick at heart, as though the poor, half-remembered vision had finally betrayed her.

“Clytie! Clytie! The water! The water!” came Octavia’s monumental voice.

Clytie did the only thing she could think of to do. She bent her angular body further, and thrust her head into the barrel, under the water, through its glittering surface into the kind, featureless depth, and held it there.

When Old Lethy found her, she had fallen forward into the barrel, with her poor ladylike blackstockinged legs up-ended and hung apart like a pair of tongs.